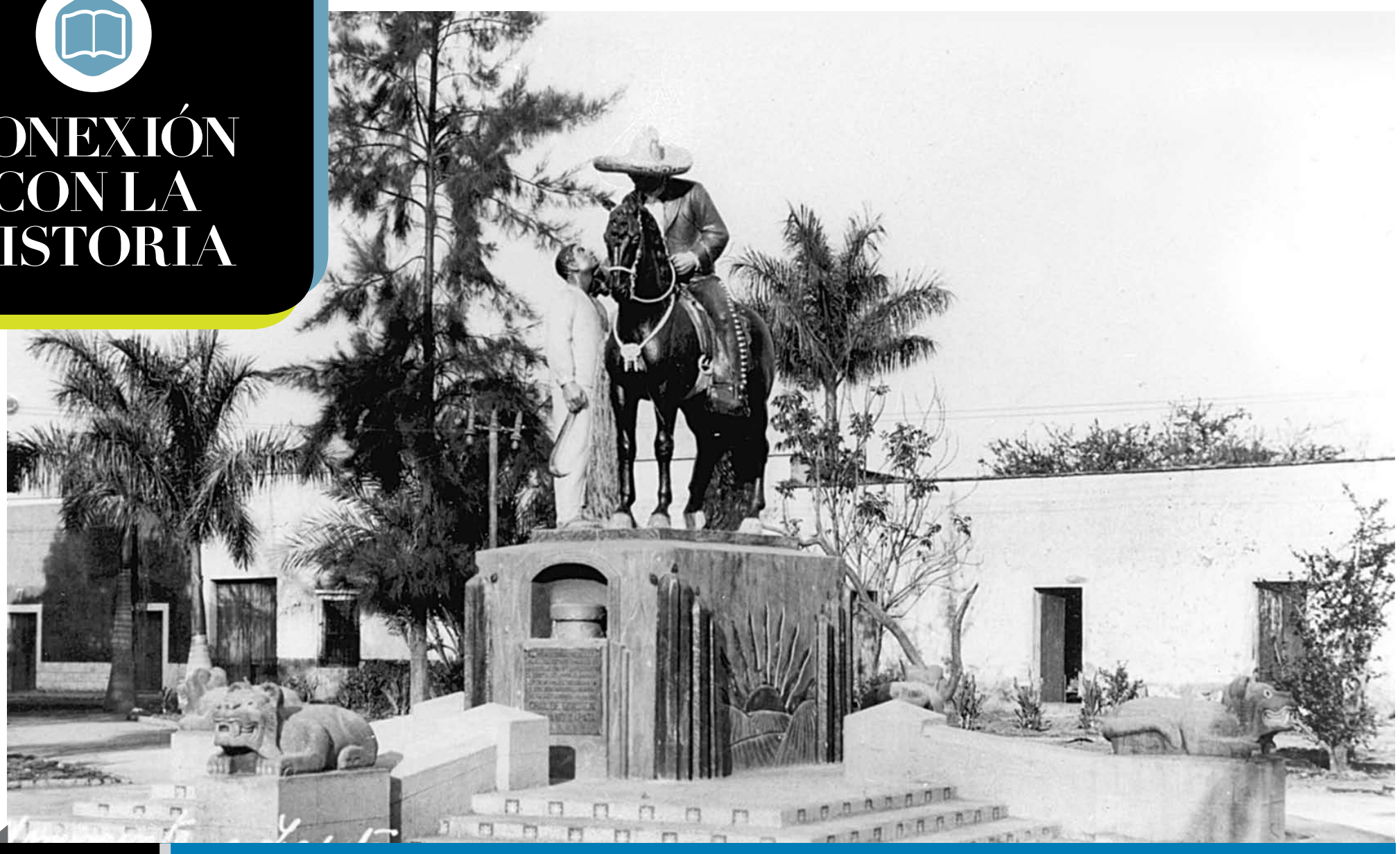
CONEXIÓN CON LA HISTORIA



MANTO FÚNEBRE Monumento a Emiliano Zapata en Cuautla, Morelos (arriba). Ropas que llevaba puestas el general el día de su asesinato (izquierda). Tumba del caudillo en el Panteón Municipal de Cuautla, (derecha).

Imágenes: Cortesía Sinafo-Fototeca Nacional y Fototeca de la Dirección General de Monumentos Históricos del INAH

Zapata, el origen del mito

Al conmemorarse el 90 aniversario luctuoso del llamado *Atila del Sur*, la leyenda del revolucionario mexicano conserva su aura mítica, pues aun cuando su cadáver fue expuesto por las fuerzas de Carranza, entre la población se mantuvo el rumor de que el invencible caudillo seguía vivo

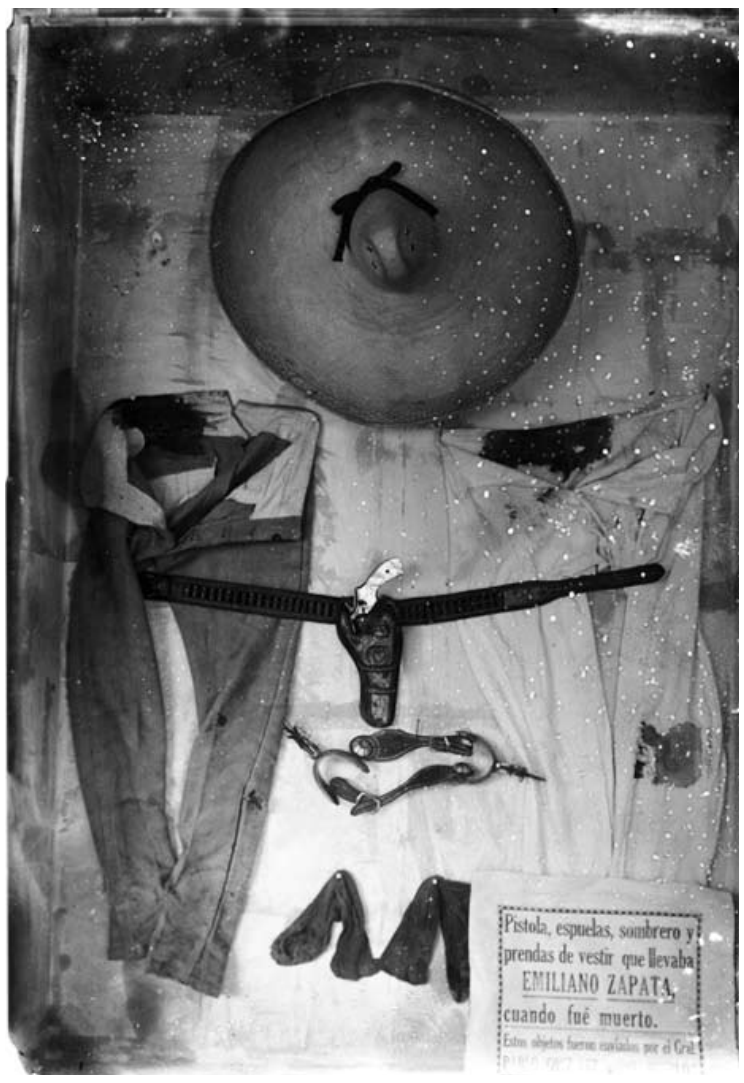
POR EDGAR D. ROJANO GARCÍA *
comunidad@nuevoexcelsior.com.mx

La mañana del 11 de abril de 1919, los principales diarios de la capital daban a conocer una sensacional noticia: Emiliano Zapata, el líder de la Revolución en Morelos, había muerto. Las primeras informaciones provenientes de Cuautla señalaban que fuerzas del gobierno hicieron creer a los zapatistas que se habían rebelado; fue así como se pudieron acercar al campamento de Zapata; una vez que lo tuvieron "a tiro", le obligaron a combatir, pereciendo en la lucha el famoso *Atila del Sur*.

Meses antes, el gobierno de Venustiano Carranza había establecido un "círculo de fuego" en Morelos, que tuvo como resultado la conquista de las principales ciudades del estado, entre ellas Tlaltizapán, sede del Cuartel General del Sur. Y la situación para los revolucionarios de Morelos se agravó debido a una carta pública que Zapata dirigió a Carranza. Fechada el 17 de marzo de 1919, el documento señalaba que, durante la "dictadura revolucionaria" de Carranza, la labor en materia económica era funesta; no existía el sufragio libre, pues gobernaba fuera de los límites fijados por la Constitución; la clase obrera se hallaba desamparada debido a la corrupción del sindicalismo; en materia agraria nada se hacía, pues ni se devolvían los ejidos ni se repartían tierras a "los pueblos burlados en sus esperanzas". Por todo ello, Zapata concluía que Carranza debía retirarse y dejar que se formara un gobierno de unificación revolucionaria.

De acuerdo con el zapatista Antonio Díaz Soto y Gama, dicha carta hizo enfurecer a Carranza a tal grado que le ordenó al general Pablo González acabar con Zapata y el zapatismo en "plazo brevísimo y sin reparar en los medios". La oportunidad llegó rápida e inesperadamente.

Hasta el cuartel zapatista llegaron noticias sobre los conflictos entre el general González y un subalterno, el coronel Jesús Guajardo. Sin examinar demasiado las circunstancias, Zapata le dirigió una misiva a este último para invitarlo a que se sumara a las filas revolucionarias; sólo que la correspondencia fue interceptada por González, quien de esta manera concibió el engaño para cumplir con las instrucciones de Carranza; así, le ordenó a Guajardo acercarse a Zapata para hacerle creer que las diferencias con su jefe eran ciertas y que se uniría a las filas rebeldes; una vez que hubiere ganado su confianza, debería buscar el momento adecuado para acabar con la vida del jefe revolucionario.



Así es como se inició un intercambio epistolar. Zapata le pidió a Guajardo que demostrara con hechos su adhesión al movimiento y le ordenó tomar Jonacatepec, que estaba en poder de los carrancistas, y acabar con las fuerzas del general Victoriano Bárcenas, que se habían rendido al gobierno. Guajardo, en complicidad con las tropas acantonadas en Jonacatepec, fingió tomar "a sangre y fuego" la plaza el 9 de abril y se encargó de ejecutar a la gente de Bárcenas.

Tras su simulado triunfo, Zapata felicitó a Guajardo por su acción y acordaron encontrarse al día siguiente en la Hacienda de Chinameca para finiquitar un intercambio de armas.

Cerca de las 8 de la mañana del 10 de abril de 1919, Emiliano Zapata y su gente llegaron al lugar de la cita, acampando fuera de la hacienda. La mañana transcurrió y, mientras un enviado zapatista negociaba la entrega de los pertrechos, Guajardo invitó a Zapata a almorzar; éste se resistió hasta que, finalmente, al filo de las 2 de la tarde, ordenó que diez hombres lo acompañaran, "quedando el resto de la gente, muy confiada, sombreándose debajo de los árboles y con las carabinas enfundadas".

El relato del secretario zapatista Salvador Reyes Avilés sobre lo sucedido en Chinameca aquel día es estremecedor: "La guardia parecía preparada a hacerle los honores. El clarín tocó tres veces llamada de honor y al apagarse la última nota, al llegar el general en jefe al dintel de la puerta, de la manera más alevosa, más cobarde, más villana, a quemarropa, sin dar tiempo para empuñar ni las pistolas, los soldados que presentaban armas descargaron dos veces sus fusiles, y nuestro general Zapata cayó para no levantarse más".

La noticia de lo sucedido en Chinameca se conoció inmediatamente, incluso antes de que el cuerpo de Zapata llegara a Cuautla, lugar donde se encontraba el cuartel militar de Pablo González. Es por ello que cierta duda se apoderó del ambiente, pues los escépticos suponían que Zapata y sus tropas habían acabado con la vida de Guajardo y ahora se dirigían a la heroica ciudad para cobrar venganza. La guarnición se alistó para evitar cualquier sorpresa, pero cuando Guajardo llegó, llevando consigo el cadáver, todas las dudas se disiparon.

Inmediatamente, González le comunicó lo sucedido al presidente Carranza, quien le felicitó por el triunfo alcanzado por el gobierno de la República, al tiempo que a Jesús Guajardo le fue concedido el grado de general.

Durante un par de días, el cadáver fue expuesto a la vista de todo mundo. Largas caravanas de gente llegada de las montañas y lugares lejanos —incluso de la Ciudad de México— acudieron a contemplarlo; para muchos de estos "mirones" no había duda: el cuerpo que se exhibía era el del cabecilla Emiliano Zapata. Para confirmar el dato, fue llevado hasta Cuautla el general zapatista Eusebio Jáuregui, jefe de su escolta, quien aseguró no haber lugar a duda en la identificación. Un vecino de la ciudad que fungió como testigo para levantar el acta de defunción, Alberto Girela, manifestó que el cadáver que se encontraba en el local de la Inspección de Policía era del que en vida se llamó Emiliano Zapata.

A pesar de que el cadáver estaba plenamente identificado, muchos no creyeron que el cuerpo que se exhibía era el del invencible Zapata; entonces empezaron a correr los rumores de que se trataba de otra persona, que tal vez era otro hombre que tenía el bigote negro igualito al de Emiliano y que éste se había marchado con un compadre a Arabia. Y en efecto, para todos aquellos campesinos que durante casi diez años hicieron la Revolución, su jefe no había muerto, las balas de la traición habían marchitado un cuerpo pero no su afán justiciero. ¡Zapata seguía vivo!

* Investigador del INEHRM